

forma media, después vacilante; por último, una bifurcación que responde á estos dos extremos: el decaimiento temporal; la imposibilidad de la atención. Entre cada forma y sus próximas, hay matices que no estudiamos aquí; pero así apreciamos la comunidad de origen de todos estos estados, y su unidad de composición.

## CONCLUSIÓN

**La atención depende de los estados afectivos.—  
La vida afectiva se reduce á necesidades, tendencias y deseos, acompañados ó no de conciencia.—Estos casos implican siempre una inervación motora en un grado cualquiera.—Condición física más general de la atención.**

### I

Hemos tratado de establecer que la atención, bajo todas sus formas, tiene por condición inmediata y necesaria el interés—es decir, estados afectivos naturales ó artificiales—y que su mecanismo es motor. No es una facultad, un poder especial, sino un *estado intelectual*, predominante á consecuencia de causas complejas que de-

terminan una adaptación corta ó larga. Hemos insistido bastante sobre el papel de los movimientos para no volver sobre él; pero conviene estudiar un poco esos estados afectivos que suscitan y sostienen la atención. Hasta aquí nos hemos limitado á consignar su papel, sin decir nada de su naturaleza.

No se trata de presentar al lector, de paso y bajo forma de episodio, una psicología de los sentimientos. Me propongo solamente demostrar que, por el solo hecho de que la atención depende siempre de estados afectivos, implica *in radice* elementos motores. Así, nuestra tesis principal se justificará una vez más y de un modo nuevo.

Ante todo hay que deshacerse de un prejuicio muy acreditado; el de creer que el fondo de la vida consiste en el placer y el dolor. El uno y el otro no son más que efectos, resultados, indicios, signos, que muestran ciertos apetitos, inclinaciones ó tendencias, que se satisfacen ó con-

trarían. No representan más que la porción superficial y final del fenómeno, la única que entra en la conciencia. Son las agujas del reloj, no el mecanismo. Las verdaderas causas de la vida afectiva deben buscarse mucho más abajo, en lo íntimo del organismo. Los sentimientos, emociones, pasiones, tienen su origen primordial en la vida vegetativa. Lo que proviene del corazón, de los vasos, de los órganos digestivos, respiratorios, sexuales, en una palabra, de todas las vísceras, es la materia primera de la sensibilidad, como todo lo que procede de los sentidos externos es la primera materia de la inteligencia; y de igual modo que fisiológicamente, la vida vegetativa precede á la vida animal, que se apoya en ella, psicológicamente, la vida afectiva precede á la vida intelectual, que también se apoya en ella. Los estados designados con el nombre de necesidades, apetitos, aficiones, inclinaciones, tendencias, deseos, son los resultados directos é inmediatos de la organización de cada ani-

mal, y constituyen el fondo verdadero de la vida afectiva. Diremos con Espinosa: "El apetito es la esencia misma del hombre... El deseo es el apetito con conocimiento de sí mismo... Resulta de todo esto, que lo que funda el esfuerzo, el querer, el apetito, el deseo, no es que se haya juzgado que una cosa es buena, sino por el contrario, se juzga que una cosa es buena, *porque* se tiende hacia ella por el esfuerzo, el querer, el apetito, el deseo". En su origen, el placer no se busca por sí mismo, ni la pena se evita por sí misma, puesto que está muy claro que no se puede buscar ni evitar lo que no se conoce. Sólo el animal capaz de experiencia, es decir, de memoria y de reflexión, puede buscar ó evitar por sí mismo los estados agradables ó desagradables que ya ha experimentado. Luego los psicólogos—y son numerosos—que definen la sensibilidad "la facultad de experimentar el placer y el dolor", y que, por consiguiente, consideran estos dos fenómenos como los ca-

racteres esenciales, no descienden hasta el origen verdadero de la vida afectiva. Para definir, no por los efectos, sino por la causa, sería preciso decir: "Es la facultad de desear, y *por consiguiente*, de experimentar placer y dolor", (1). Además, estas necesidades, apetitos, deseos (para mayor brevedad, los designaremos en adelante con la única palabra tendencias), son ellos mismos efectos de la organización, son la expresión inmediata de su modo de ser, permanentes ó transitorios.

Estaría fuera de propósito amontonar aquí hechos y argumentos para establecer que el placer y el dolor dependen de las tendencias, y éstas dependen del organismo. Para proceder de una manera á la vez demostrativa y rápida, bastará con una corta excursión por la patología de los estados afectivos. Vamos á ver lo agradable y lo desagradable, variar exactamente

---

(1) Empleo incidentalmente su terminología, sin aceptarla por mi propia cuenta.

como las tendencias, Allí donde el hombre normal, con inclinaciones normales, encuentra el placer, el hombre anormal, de inclinaciones anormales, encuentra el dolor, é inversamente. El placer y el dolor siguen la tendencia, como la sombra sigue la cuerpo.

Comencemos por las tendencias unidas á la función fundamental: la nutrición. Todo el mundo conoce los "caprichos," de las embarazadas. A seguida de una nutrición incompleta en los primeros meses, se producen las perturbaciones digestivas, circulatorias, secretorias, que se traducen por caprichosos apetitos, gustos depravados. Les agrada comer tierra, paja, tabaco, hollín. Las mismas tendencias se encuentran en ciertos histéricos y cloróticos neurópatas. —El comienzo de la locura está algunas veces indicado por un régimen alimenticio, excéntrico y desordenado. Se citan casos de gentes á quienes gusta comer arañas, sapos, lombrices. —Más bajo todavía, se encuentra la "coprofagia," y la

"escatofagia,". Fué necesario vigilar un enfermo para impedirle que tragase el contenido de las escupideras de una sala en un hospital (1).

Las mismas inversiones en el olfato. Ciertos neurópatas encuentran desagradable el olor de las rosas, y les agrada el de la valeriana ó de la asafétida.

¿Es necesario hablar extensamente de las desviaciones é interversiones del instinto sexual? Los ejemplos abundan. Aun atribuyendo una gran parte á la imitación y á la perversión, á lo que parte más bien de la cabeza (imaginación), que de los sentidos, nos queda todavía abundante cosecha. Siempre se impone la misma conclusión: cambiad la organización y cambiáis las tendencias y la posición del placer y del dolor; éstos no son más que fenómenos indicadores, signos de que las necesidades, cualesquiera que sean, están satisfechas ó contrariadas.

(1) Caphell, en *Journal of mental science*, Julio 1886.

Si se piensa que las tendencias que acabo de enumerar, son de naturaleza demasiado fisiológica, puedo aducir el grupo de los impulsos irresistibles: la invencible necesidad de beber, robar, incendiar, matar, suicidarse. Para la conciencia, estos impulsos no tienen causa ni motivo racional, porque su verdadera causa, las condiciones de su génesis, están por bajo de ella, y no conoce más que los resultados de ese trabajo inconsciente. Esas necesidades irresistibles se producen bajo formas muy diversas. Las más frívolas como las más feroces son instructivas para la psicología. Así, es un inconveniente inofensivo para la sociedad la "onomatomanía": la investigación del nombre de un desconocido leído una vez por casualidad en un periódico angustia al enfermo, le impone el insomnio y la angustia. ¡Qué cantidad de nombres olvidamos todos sin preocuparnos de ellos! Pero aquí se presenta una necesidad anormal, absurda. Hasta que no alcanza su objeto, engendra dolor; cuando lo ha alcan-

zado, hay placer. Notemos también que cuando un impulso irresistible, cualquiera que sea (robo ó asesinato), se realiza, hay un momento de descanso y de satisfacción.

Estas manifestaciones morbosas han sido estudiadas en nuestros días; se las considera como síntomas de una causa única: la degeneración. De modo, que encontramos siempre el mismo encadenamiento; anomalía en la organización, anomalía en las tendencias que la expresan, anomalía en la posición del placer y del dolor.

Admitido esto—que lo esencial de la vida efectiva consiste en las tendencias, conscientes ó no (la conciencia no juega en todo esto más que un papel subordinado)—¿cómo debemos representarnos estas tendencias? La sola idea positiva que es posible formarse es la de considerarlas como movimientos (ó suspensiones de movimientos) reales ó en estado naciendo. Entran así en el orden de los fenómenos motores; en otros términos, una necesi-

dad, una inclinación, un deseo, implica siempre una *inervación motora* en un grado cualquiera.

El carnicero que ha cogido su presa y la ha destrozado con los dientes y las garras, ha conseguido su fin y satisfecho sus tendencias con la ayuda de un gasto considerable de movimientos. Si suponemos que no ha cogido todavía su víctima, pero la ve y la acecha, todo su organismo se encuentra en una tensión extrema: dispuesto á obrar, los movimientos no se realizan, pero el más pequeño impulso les hace pasar al acto. En un grado más débil, el animal corretea buscando con los ojos y por el olor alguna presa que el azar de la caza le proporcionará: este es un estado de semi-tensión: la *inervación motora* es mucho menos fuerte y vagamente adaptada. En fin, en un grado más débil, todavía está en su cueva: la imagen indecisa de una presa, es decir, el recuerdo de aquellas que ha devorado, pasa por su espíritu; el elemento motor es muy poco intenso, se halla en

estado naciente y no se traduce por ningún movimiento visible. Lo cierto es que en estos cuatro grados hay continuidad, y existe siempre en juego un elemento motor con una sencilla diferencia, de más á menos.

El ejemplo elegido es tosco, á propósito para que sea claro. Habríamos podido igualmente elegir el amor, la aversión ó el miedo, y partiendo de sus manifestaciones motoras más tumultuosas y por disminuciones sucesivas que se encuentran en la experiencia, reducir á un estado puramente interior, que no es más que una *inervación motora* extremadamente débil, un movimiento en su estado naciente.

La tendencia se encuentra unida á un fenómeno fisiológico que le da cuerpo. Este no es más que un "estado del alma", de carácter misterioso y trascendente. Pensamientos, inclinaciones, deseos, todas estas palabras y sus sinónimos significan un movimiento naciente ó abortado, según que está apto para evolucionar, hasta su últi-

mo límite, ó que deba sufrir una suspensión de desenvolvimiento. El estado de conciencia concomitante puede indiferentemente aparecer ó desaparecer; la tendencia puede ser consciente é inconsciente, pero la inervación motora persiste siempre como elemento fundamental.

He aquí, pues, la conclusión á que llegamos: la atención depende de estados afectivos; los estados afectivos se reducen á tendencias; las tendencias están en el fondo de los movimientos (ó suspensiones de movimientos) conscientes ó inconscientes. La atención espontánea ó voluntaria está, pues, unida á condiciones motoras desde su origen mismo.

## II

Nos falta todavía hacer algunas indicaciones sobre la condición física más general de la atención.

Si se quiere observar á los hombres tal como son, tomados en masa, no les espíritus educados y cultos, como lo hacen casi

todos los fisiólogos, se reconocerá sin esfuerzo que la atención espontánea y, sobre todo, la atención voluntaria, son estados excepcionales. Eliminemos, desde luego, la rutina de la vida; toda esa masa enorme de costumbres que nos mueven como autómatas son estados de conciencia vagos é intermitentes. Eliminemos los períodos de nuestra vida mental en que estamos pasivos, porque el orden y la sucesión de nuestros estados de conciencia nos són dados desde fuera, y su serie nos es impuesta como una lectura de mediano interés, una ocupación manual ú otra cualquiera que suponga una sucesión de actos en un orden fijo. Eliminemos ese estado de reposo relativo para el espíritu, donde "no se piensa en nada", es decir, donde los estados de conciencia no tienen ni intensidad ni determinación clara: la dejadez intelectual, el ensueño en todos sus grados. Eliminemos todos los estados de agitación y pasión violenta con su flujo desordenado y su difusión de movimientos. Estas elimi-

naciones hechas, y quizá algunas otras, pueden inscribirse bajo el concepto general de la atención. En esta parte general, los casos de atención espontánea son la mayoría; los casos francos y claros de atención voluntaria, son los menos; en muchos hombres y mujeres, equivalen á casi nada. Hemos intentado dar razones fisiológicas de esta diferencia. Pero hemos notado también incidentalmente el hecho de observación vulgar que en el estado de fatiga, de desfallecimiento, la atención es muy difícil, con frecuencia imposible, siempre sin duración. Consiste en que por su naturaleza la atención, más que ningún otro estado intelectual, exige un gran gasto de fuerza física, que debe producirse en condiciones particulares.

Recordemos una vez más que sólo existe por reducción del campo de la conciencia, lo que equivale decir que *fisiológicamente* supone la entrada en actividad de una parte pequeña del cerebro. Que se represente esta parte como una región loca-

lizada ó, lo que es más probable, como formada de elementos diversos, esparcidos en la masa del encéfalo, y trabajando de concierto con exclusión de los otros, es indiferente. El estado normal de la conciencia supone la difusión con trabajo cerebral diseminado. La atención supone la concentración con trabajo cerebral localizado. Cuando el cerebro pasa del estado normal al estado de atención intensa, es análogo á lo que sucede cuando en lugar de sostener un peso sobre nuestros hombros debemos sostenerlo con un solo dedo. Este trabajo, que pertenece todo él á una fracción del órgano, no puede provenir más que de la transformación rápida de energía potencial ó de reserva en energía actual. Todo trabajo fisiológico deriva de acciones químicas producidas en el organismo, que á su vez tienen por origen los alimentos y el oxígeno. Esta producción de trabajo, resultado de la nutrición, está lejos de ser constante. Es inevitable que en los débiles, el trabajo de reserva falte y que, por con-

siguiente, el desfallecimiento se produzca pronto. Aun en los mejor dotados, el capital acumulado se gasta deprisa si la atención tiene intensidad y duración. Parece, pues, que la última condición física exigida por la atención, consiste en lo que los fisiólogos llaman la dinamogenia; es decir, según la definición de Brown-Séquard, "el poder que poseen ciertas partes del sistema nervioso de hacer aparecer con prontitud un aumento de actividad por un influjo puramente dinámico." Este autor ha referido la observación de una joven (1) que, todos los domingos, al sonido de una campana, entraba en éxtasis y se estaba doce horas de pie sobre el borde resbaladizo de su cama, sin apoyarse más que con los dedos y un poco de la superficie plantar; sin ser turbada en su inmovilidad por tres choques electro-magnéticos violentos, pasó el resto de la semana en cama, agotada, casi inca-

(1) *Dictionnaire encyclopéd. des sciences médicales*, artículo Dynamogenie, y *Gazette hebdomadaire*, 20 Enero 1882.

paz de movimiento. Para ejecutar este gran trabajo durante medio día sin interrupción, fué necesario desenvolver un prodigioso esfuerzo de acción en el aparato motor. ¿No es verosímil que los casos de atención extraordinaria y prolongada supongan en ciertas partes del sistema nervioso una sobreactividad análoga, que vaya igualmente seguida de un período de fatiga y de impotencia? La dinamogenia es además un estado fisiológico tan poco conocido en sus causas, que no sería provechoso insistir para sacar de ella deducciones fisiológicas.

Debe notarse que lo que precede no se relaciona rigurosamente más que á condiciones *físicas* de la atención. Los términos trabajo, transformación de la energía, no tienen valor y sentido más que en el orden de los fenómenos físicos: el estado de conciencia, el fenómeno interior (cualquier idea que se tenga de él) no tiene con ellos una medida común. La "fuerza física," de la que hablan algunos autores, no es más

que una metáfora, á menos que se entienda por ella las condiciones físicas de un estado de conciencia, y nada más. Sostener que una atención poderosa depende de la posibilidad de una transformación de energía potencial en energía actual es, pues, indicar una de sus condiciones materiales fundamentales y nada más.

Habría muchas consecuencias prácticas que indicar al terminar este estudio sobre la atención, pero renunció á ello. Mi único objeto era analizar su mecanismo. Este objeto no creo haya sido tratado en ninguna parte en la medida de su importancia. He ensayado hacerlo según la teoría de la evolución, mostrando que la atención voluntaria no es más que una forma superior, extrema, originada de formas inferiores por procedimientos semiinconscientes, semiconscientes.

FIN

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN

Páginas.

Objeto del libro: estudio del mecanismo de la atención.—División del asunto —Definición de la atención.....	5-14
---	------

### CAPÍTULO PRIMERO

#### LA ATENCIÓN ESPONTÁNEA

La atención espontánea tiene siempre por causa estados afectivos; hechos en apoyo de esta opinión.—Sus manifestaciones físicas; fenómenos vasomotores, respiratorios, motores ó de expresión.—Los supuestos efectos de la atención son sus factores indispensables y sus elementos constitutivos.—La atención no es más que el aspecto subjetivo de las manifestaciones físicas.—La sorpresa.—Origen de la atención espontánea; está ligada á las condiciones necesarias de la vida.....	15-53
--	-------